

EL AGUA COMO FRONTERA

MARÍA J. LATORRE RODRÍGUEZ
Grupo de Retórica Medieval HUM-499
Universidad de Granada

Convencionalmente las fronteras han sido definidas en términos terrestres, reducidas a unos límites cartográficos. Ahora bien, el hombre ha tenido desde siempre a su disposición un medio natural e ideal de comunicación, que al mismo tiempo delimitaba líneas fronterizas más amplias (terrestres, ultramundanas, etc.): el agua.

En la Edad Media, y muy especialmente para los cruzados, cobrarán especial relevancia expresiones como *realizar la santa romería allende el mar* y *Ultramar*. Ambas aludían a la realización de un viaje en el que se hacía necesario cruzar el Mediterráneo, que con frecuencia se utilizaba para continuar las luchas expansivas del rudo Occidente cristiano hacia las tierras de refinamiento oriental, ocupadas por el Islam (éste dominaba por entonces tres cuartas partes del mundo conocido).

Para todos aquellos que acompañaron a Luis IX de Francia en su primera incursión expansiva hacia el Oriente (Egipto, 1248-1254), el objetivo principal, al igual que ya lo fuera desde el siglo XI¹ en adelante, seguía siendo la conquista de

¹ A partir del siglo XI las peregrinaciones hacia Jerusalén se tornaron peligrosas, ya que los turcos seldjúcidas invadieron Tierra Santa; Occidente intervino ante el llamamiento del Papa a Bizancio para liberar a los cristianos de Oriente. En general, estos itinerarios se convirtieron en objetivos prioritarios para los creyentes: suponían una penitencia que purificaba para el Otro Mun-

Jerusalén, donde supuestamente se podría encontrar el centro del mundo, y por consiguiente, el Paraíso Terrenal, la Tierra de Promisión, que tanto menciona la literatura medieval. Hubo incluso mapas de la época que la localizaban geográficamente. Para conseguir estas grandes *valentías allende el mar* (L:17, [3R], 5a-6a)², entre las que se encontraba visitar los santos lugares y las reliquias, no importaban los medios utilizados. Se podía morir en el peligroso trayecto, aunque la alegría y la felicidad de conseguir el cielo no se olvidaban y guiaban el trayecto. De ahí que los cruzados y los fieles acudieran con veneración a estas zonas, sin ser muy conscientes de lo que el viaje les deparaba.

San Luis, sabedor de tales peligros y lo que suponían, cuando se dispuso a realizar su travesía a Ultramar, hizo prometer a los Grandes que se quedaron en su país, habiéndoles tomado previamente juramento: «*que tendrían lealtad a sus hijos, si alguna cosa siniestra aconteciese a su persona en el santo viage de allende el mar*» (L: 17, 13R, 21a-24a).

La marcha suponía tristeza y una fuerte *aventura*, en la que había que improvisar con frecuencia para vivir y alimentarse. No obstante, los romeros que iban con un determinado señor, al menos tenían asegurado el sustento material³. El secescal de Champaña, Joinville, explica que llevaba joyas y dineros que el abad de San Urbino le entregó, procedentes de la recaudación obtenida en colectas, para ayudar a las necesidades que se presentaban en el camino. También recibió la esclavina y el bordón de peregrino, junto a otros caballeros. Debido al carácter del viaje –se enfrentaban con la muerte, doblemente: el mar y los turcos–, los cruzados

do, un preludio a la muerte temporal y a la entrada en otra vida (DUBY, G.: *Europa en la Edad Media. Artes románico y gótico*, trad. L. Monreal y Tejada, Blume, Barcelona, 1981, pág. 65).

Además, Jerusalén fue arrebatada a los cristianos en 1244 por el sultán de Egipto, año en que San Luis sufrió una grave enfermedad y decidió tomar la cruz (ALPHANDERY, P. y DUPRONT, A.: *La cristiandad y el concepto de cruzada. Las cruzadas (siglos XI-XIII)*, trad. A. Garzón del Camino, La evolución de la humanidad, 58, Unión tipográfica hispano-americana, Méjico 1962, pág. 31).

² JOINVILLE, J. escribió: *Le livre des saintes paroles et des bonnes actions de saint Louis*; editada por L. CORBETT: *Saint Louis. Le temoigne de Jehan, seigneur de Joinville*, «Les chroniqueurs français du Moyen Âge», Näämann, Quebec, 1977, édit., révisée. Esta obra fue traducida al castellano por un criado y vasallo de Isabel de Valois, J. LEDEL, L.: *Crónica y vida del rey Sant Luis de Francia, nieto del rey don Alonso [octavo] de Castilla, traduzida de lengua francesa en castellana, y dirigida a la magestad de la reina doña Isabel nuestra señora, segunda deste nombre*, por Francisco de Guzmán, Toledo, 1567. La edición anteriormente citada, con estudio y notas, corresponde a una parte de mi tesis doctoral, bajo el título: *Crónica y vida del rey Sant Luis de Francia. Traducción por Jacques Ledel*, Romanía, ediciones Adhara, Las Gabias (Granada). 1996.

³ PERNOUD, R.: *La mujer en tiempos de las cruzadas*, trad. T. Garín Sanz, ed. Complutense, Madrid, 2000, pág. 35.

hacían testamento antes de partir, disponían sus cosas terrenales y reparaban las ofensas cometidas (L:18, [13V], 1a-16a).

El rey francés se dispuso a realizar su travesía contribuyendo al sentir de su época y su país: combatir al infiel mediante su política de expansión oriental. Su fallida cruzada a Egipto, por el que pretendía llegar a Palestina, no obstante, frenó los progresos vertiginosos del Islam hacia Occidente y aseguró el comercio marítimo, en una época en la que ningún país de la cristiandad gozaba de verdadera paz y el Mediterráneo era uno de los escenarios de pugna por la hegemonía del comercio. Aseguró la franja de ciudades costeras que marcaban el límite entre la Cristianidad y el Islam. Esta frontera histórica utilizará la linde acuática —el Mediterráneo— para dar paso a otras de distinto signo. En la Edad Media el simple hecho de atravesarlo constituía una *aventura*, una amenaza que escondía otras, bien desconocidas, bien deseadas. No perecían muchos en el intento, pues sus aguas son tranquilas, pero los barcos de vela estaban pendientes del viento para su marcha, cualquier tempestad los podía desviar de su ruta y alargaba considerablemente el viaje. Había que tener en cuenta lo dificultoso de gobernarlos, pues corrían el riesgo de estrellarse contra arrecifes, bancos de arena y otros accidentes, contando con las tormentas y nieblas que se desataban y hacían peligroso el viaje.

Joinville recogió varios sucesos que tuvieron lugar en el citado medio acuático, hechos históricos que pasaron al ámbito literario e historiográfico que, en definitiva, el hombre medieval ansiaba vivir y que le contaran, episodios que lo sacaban de su monotonía cotidiana, cargados de simbolismo, y lo acercaban a otras dimensiones.

Luis IX salió de Aigues-Mortes el 25 de agosto de 1248; le acompañaron su esposa, sus hermanos y sus respectivas cónyuges, la flor de la nobleza francesa, algunos veteranos de cruzadas anteriores y una pequeña colaboración escocesa e inglesa. Desembarcó el 17 de septiembre del mismo año en el puerto de Limassol (Lemesós), del reino cristiano de Chipre. Le esperaba el rey Enrique de Lusignan y de inmediato pasaron a visitar el lugar donde se almacenaron los pertrechos y las provisiones enviadas allí por el rey de Francia. Todo estaba en perfecto estado de conservación⁴.

El viaje marítimo de Francia a Chipre estuvo lleno de sorpresas. Joinville escribe que se salió de puerto con *buen viento* hasta cerca de Berbería (África): «donde llegamos un día a la hora de vísperas, y passamos cerca de una muy alta y

⁴ CIERVA, R. de: *Templarios: la historia oculta*, Fenix, Madrid, 2000, pág. 341; RUNCIMAN, S.: *Historia de las cruzadas. 3: el reino de Acre y las últimas cruzadas*, trad. G. Bleiberg, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 241.

grande montaña que estaba enfrente de Berbería, [por] lo qual después de aber passado navegamos toda la noche sin parar. Y en la mañana, pensando aber andado sesenta leguas, nos hallamos aún delante [de] aquella montaña, de lo qual no fuimos poco espantados por no entender la causa que nos impedía el passar adelante» (L: 18, [13V], 9b-21b).

El viaje al Otro Mundo se podía realizar a través de la barrera oceánica, que mediante un lenguaje simbólico muestra una realidad física, muy connotada y contaminada de elementos clásicos y orientales, en la que se funden la imaginación y lo milagroso: la *montaña* y la *isla* –ambos, símbolos naturales de lo difícil e inaccesible⁵–, la *noche* y el *día*, *navegando* en *círculos* durante *tres* días. La montaña –que no se especifica si es o no hueca, pues se relacionaría con el gran Olimpo– y lo que la rodea, se esconde –y esconde– dentro de Otro Mundo, que también recoge la literatura oriental de visiones. De este escenario del trasmundo, que recuerda un poco los círculos del infierno, y aparecerá en el viaje de regreso a Francia en el mismo lugar, se saldrá mediante la intervención del *viento*, que no deja de ser algo extraordinario y maravilloso. Lo asombroso, elemento destacadísimo en la vida de las gentes medievales y en las narraciones literarias, satisfacía la capacidad de admiración de aquéllas, potenciada por la fe popular y la necesidad de obtener respuestas a varios interrogantes. Dios podía actuar en la historia pero era necesario el convencimiento en la narración de un hecho de salvación⁶. Los milagros indicaban beneficios extraordinarios recibidos por individuos o colectividades mediante la intervención de los santos, María o Dios; constataban agradecimientos y la presencia de Dios en la realidad mundana.

Así, el *viento*, elemento sobrenatural y clásico, aparecería al realizar la primera procesión –de tres, durante tres sábados consecutivos– alrededor del mástil de la nave, que el deán de Maury propuso. Tras esta realidad ultramarina se evidenciará el antagonismo entre el Cristianismo y el Islam, que ocultará a su vez dos planos: el de la vida y el de la muerte; ésta vendría de manos del Islam: amenaza más directa de los cristianos de Ultramar y de los occidentales.

La isla de Chipre constituía un lugar estratégico, situado en los alrededores de Tierra Santa, principal foco latino de Oriente y punto ideal de descanso para los cruzados en la ruta de la Siria musulmana. Su historia iba unida a los reinos latinos

⁵ ROLLIN PATCH, H.: *El Otro Mundo en la literatura medieval*, trad. J. Hernández Campos, con apéndice de M.^a R. Lida de Malkiel, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983, págs. 326-329.

⁶ MONTOYA MARTÍNEZ, J.: *El libro de los milagros de Nuestra Señora*, Publicaciones del Departamento de Historia de la Lengua Española, series Philologica, Universidad de Granada, 1986, págs. 18, 42 y 53. Ver n. 20.

de Ultramar. Era, en definitiva, sede de esperanza de la cristiandad oriental en Jerusalén⁷. Ledel transmitió en su traducción (caps. 19 y 20) la situación estratégica del islote chipriota en el mar hostil del Islam –cargados ambos de gran simbolismo clásico y oriental–, donde la historia y la literatura se vieron surtidas de contenidos muy variopintos (posible conversión de los tártaros al cristianismo, enfrentamientos entre los soldanes de Comua y Babilonia, noticias del rey de Armenia, etc).

San Luis no imaginó permanecer mucho tiempo en Chipre, pero tuvo que esperar hasta que las aguas del Nilo bajaran y llegaran –mayo de 1249– los barcos genoveses y pisanos contratados que debían transportar a los cruzados y las provisiones. El 13 de mayo de 1249 llegaron a Limassol 1.800 naves que estaban dispuestas para partir: 120 eran barcos grandes y el resto, una flota de varios bajeles menores. El 21 el rey dio orden de partir con el objetivo de atacar Damietta⁸. No obstante, los planes reales se vieron frustrados: una tormenta típica del Mediterráneo, en primavera, dispersó en puerto su magnífica escuadra, a pesar de los esfuerzos de los capitanes por evitarlo: sólo llegó la cuarta parte al lugar de origen⁹.

La escuadra real por fin partió el 30 de mayo rumbo a Damietta, en cuyas cercanías fondeó, junto a la desembocadura principal del Nilo, el 4 de junio¹⁰. El paisaje que quedó acabada la tempestad, con la mar en calma, conformaba un espectáculo agradable para los sentidos y hacía volar la imaginación: «*cosa maravillosa era de ver tanto número de velas por el aire, y más que todo aquello que, del mar con la vista se podía alcanzar, parecía ser cubierto de lienços blancos*» (L:21, [16R], 17a-22a).

El rey salió de su bergantín para tomar tierra, revestido de un escudo y una espada, para arremeter contra los turcos (L:21, [17V], 15a-18a). Cruzar el agua le

⁷ PÉRNAUD, R.: 2000, págs. 149 y 162.

⁸ Egipto, visto desde fuera, parecía el país más próspero del Mediterráneo oriental; rebosaba riqueza y tenía un intenso tráfico marítimo a lo largo del Nilo. Por otra parte, Damietta constituía la fortaleza del Delta del Nilo; recibía avituallamiento de barcos de mercaderes italianos que frecuentaban su puerto. Fue la base de la retroguardia de los francos (Idem, pág. 205).

⁹ *La gran conquista de Ultramar* refiere tal hecho en el capítulo CDXII: el 20 de mayo de 1249 san Luis partió del puerto de Limassol a Damietta. Llegó a su rivera el 4 de junio, tomó tierra el 5 y el 6 la conquistaría de inmediato. Aclara que por entonces hubo una *gran tormenta en los puertos*, en el de Acre quedaron 72 navíos entre grandes y pequeños; en el puerto de Damietta, 32 naves y 10 navíos; muchos, dispersos por las riveras (el libro consultado, el cuarto: GAYANJOS, P. de (col.): *La gran conquista de Ultramar*, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1951; RUNCIMAN, S.: 1985, pág. 244. Es curioso destacar que estando el rey san Luis en Cesarea llegó un caballero de Nerona –Noruega–, al que le sorprendieron en alta mar *vientos contrarios* que lo llevaron al mar de España y a los estrechos de Mallorca, *donde había grandes peligros* (L:58, [48R], 11b-21b).

¹⁰ CIERVA, R. de: 2000, pág. 343; RUNCIMAN, S.: 1985, pág. 244. Ver nota anterior.

propinaría una toma milagrosa de la citada ciudad y la imposición de la religión cristiana¹¹. En esta fortaleza permanecieron el santo, su familia y su ejército cerca de cinco meses, donde se desarrollaron episodios típicamente fronterizos. Finalmente se decidió atacar Mansourah, realizando el trayecto por río, que introdujo a los cruzados en un verdadero infierno: asaltaron la ciudad a principios febrero de 1250, tras duras y encarnizadas peleas, meses de asedio y resistencia al hambre, la enfermedad y la mala suerte. El rey fue obligado a rendirse el 6 de abril y Damietta al día siguiente; fue liberado por el sultán de Egipto el 6 de mayo del citado año a cambio de un sustancioso rescate por su persona y la de sus hombres (L: caps. 42 y 46). Aún así, san Luis permaneció en el reino latino de Jerusalén hasta que la muerte de su madre (1252) lo reclamó a Francia. En una galera egipcia atravesó el mar de Damietta hacia Acre¹².

El viaje de regreso a Francia también estuvo plagado de situaciones difíciles y sucesos maravillosos en aguas mediterráneas. El 24 de abril el rey zarpó de Acre con su familia y ejército en dirección a Marsella¹³. Salieron con *felice y próspero viento*, hasta llegar a las costas de Chipre, donde una niebla¹⁴ densísima se adueñó del horizonte y lo envolvió todo, no permitió la visibilidad (L:74, [55R]-[55V]). Llegaron –¡de nuevo!– a una *alta y grande montaña*, llamada de la Cruz, desde la que se veía la isla. Navegaron a ciegas pensando ir hacia atrás, cuando, en realidad, las naves encallaron en un banco de arena y chocaron unas contra otras. Temían que se hubieran abierto y se alegraron de no haber dado contra unos peñascos escondidos debajo del agua: «y cierto si así fuera todos íbamos perdidos, porque las naos no podían excusar de quebrar[se] y abrir[se]» (L:74, [55V], 17a- 20a)¹⁵.

¹¹ Varios musulmanes se convirtieron en cristianos y en guías geográficos; la mezquita fue transformada en catedral y se repararon fosos. El éxito culminó con la celebración de una misa y el canto del *Te Deum Laudamus* (L:23, [19V]; RUNCIMAN, S.: 1985, págs. 244-246).

¹² L:43; CIERVA, R. de: 2000, págs. 345-346; PÉRON, R.: 2000, págs. 205-208; RUNCIMAN, S.: 1985, págs. 252 y 255. *La gran conquista de Ultramar*, cap. CDXIV.

¹³ L:73 y 74, [55R]; CIERVA, R. de: 2000, pág. 348; RUNCIMAN, S.: 1985, pág. 260. Entre mayo de 1250 y abril de 1254 Luis de Francia fortificó las ciudades que pertenecían a los francos: Acre, Caifás, Cesarea, Jaffa y Sidón (*La gran conquista de Ultramar*, caps. CDXV y CDXVI).

¹⁴ La *niebla* se constata con frecuencia en la mitología germánica. En la celta, otra versión de la barrera acuática vendría dada por el motivo de la *neblina*, y detrás de un mundo ricamente adornado (ROLLIN PATCH, H.: 1983, págs. 53, 70, 74, 78 y 80).

¹⁵ JOINVILLE aclara que el nublado procedía de la tierra y descendió al mar (648, 3-4). Cuenta también que en el trayecto de ida –de Francia a Chipre– una nave chocó y se rompió, pues no soportó el oleaje. Al mar cayeron una mujer y su hijo, que salvaron sus vidas al agarrarse a un madero (625, 5-13).

El maestro marinero comprobó los daños ocasionados a las naves lanzando una sonda al agua y certificaron lo visto debajo de la misma cuatro nadadores: el madero principal que sustentaba la nave real se quebró a consecuencia del encontronazo. Pero el rey no abandonó su embarcación a pesar que le aconsejaron lo hiciese, alegó que jamás dejaría a su gente abandonada y con las esperanzas perdidas; prefería antes ponerla, junto a su familia, en *aventura y manos de Dios*. Por otra parte, tampoco tenía navíos para transportar a la gente que con él iba. Este suceso evidencia la suerte que corrían los que viajaban en mar: eran habituales el sobrepeso y la defectuosa construcción de las naves. Estos motivos ocasionaron, por ejemplo, que la ciudad de Marsella mostrara preocupación por asegurar las condiciones de viaje a los peregrinos que se hacían a la mar en la isla¹⁶. Mas en tal peligro Luis IX se dispuso a orar ante un corazón del Señor, situado sobre el puente de la nave (J:622) y no perdió la calma. El milagro se produjo de inmediato: la embarcación continuó navegando, aunque estaba muy afectada en su estructura del fondo¹⁷. Lo maravilloso cristiano se traduce en el milagro, que tiene por autor a Dios, quien participa en la historia, pues es causa primera; además, el hombre religioso medieval admitía cierta regularidad en esta actuación¹⁸.

Tras este grave y superado incidente continuó la dura travesía marítima, pero no tardó en estallar una fuerte tormenta en la isla de profundos valles y escarpadas crestas: *un terrible y bravo viento*. En la nave capitana se hizo necesario bajar velas, cordajes y paramentos; de nuevo el rey estaba orando en su capilla y sólo permanecieron en el habitáculo real Joinville y el condestable —ambos en el suelo—. La reina salió al encuentro de su esposo para pedirle hiciera votos a Dios y a los santos con

El paisaje descrito en el mar oriental de Chipre se aproxima bastante a lo que actualmente detallan los atlas geográficos: situada en la encrucijada de tres continentes, que culmina en el sur en el monte Olimpos —1.952 m. de altitud— (VARIOS: *Geografía Universal Salvat*, t.6, Barcelona, Salvat Editores, 2001, pág. 142).

¹⁶ Los patrones de barco debían asegurar a los peregrinos un espacio mínimo de 0,62 m x 1,76m y proveerlos de un billete con su número de plaza. El caballo iría en la bodega, suspendido por cinchas. Por otra parte, parece que los barcos genoveses eran más fuertes y robustos que otros, podían afrontar mejor los temporales y los víveres llegaban en mejor estado (PERNOUD, R.: 2000, págs. 35-36 y 164).

¹⁷ La plegaria, al dirigirse hacia Cristo, tiene efectos inmediatos, pero la actitud callada de san Luis obedece a una característica del milagro de Cristo, que pide a sus beneficiarios que no lo digan a nadie. En otro supuesto, los haría para mostrar que el reino de Dios está cerca (MONTROYA MARTÍNEZ, J.: 1986, pág. 21). Ante la actitud tranquila del rey contrasta la de miedo de Joinville, que afirma que cuando sucedió el encontronazo estaba en la cama y creyó encontrar la muerte (J:619; 620, 6-10).

¹⁸ MONTROYA MARTÍNEZ, J.: 1986, n. 23, págs. 14-15.

el fin de librarlos de la tormenta. El senescal la convenció para que efectuase una promesa a san Nicolás de Verengevilla¹⁹, él saldría por su fiador e iría en romería a su santuario. La soberana le ofrecería unas estatuillas realizadas en plata –por valor de cinco marcos– que representarían una nao, con ella, el rey, sus hijos, los marineros y romeros (L:74, [56R]). La manifestación objetiva de las fuerzas de Dios se produce por mediación de un santo y los beneficiarios serían los devotos del mismo que, inducidos por amigos o parientes, a través de oraciones y peregrinaciones, accede a sus peticiones²⁰.

La mezcla de elementos clásicos, maravillosos y cristianos se encuentran entrelazados en la narración, así como la admiración, la acción de gracias y las alabanzas: «*no véis, señor de Jonvila, cuán grande es el poder del omnipotente Dios nuestro, quando sólo el uno de sus quatro vientos [h]a sido bastante a casi anegarnos a todos. Y pues de ello nos [h]a librado, démosle infinitas gracias!*» (L:74, [56R], 26b-33b).

No todo lo ocurrido en el mar llevó parejo el peligro. La *isla* puede resultar un lugar apacible y reconfortante. Éste fue caso de *Lampiosa* (Lampedusa), localizada en el Mediterráneo, entre Malta y Túnez, a la que accedieron san Luis y su tripulación para refrescarse, aprovisionarse y cazar, según era costumbre. No hay en el texto de Joinville un relato que presente tantos elementos paradisiacos, sugestivos y atrayentes: se describe una maravilla que estaba al alcance del hombre y que los viajeros contarían con admiración. Situada al oriente y en lo alto de una montaña, separada o rodeada por un océano, que servía de frontera real e histórica al resto del mundo. No faltan elementos como: *árboles frutales, fuente clara, arroyo, ríos, anti-gua ermita dentro de montañas o peñas, etc.* A través de este Edén real se tenía la posibilidad de acceder a Otro Mundo, ya que la *isla* también podía ser morada de los muertos o retiro de las exigencias de la vida cotidiana²¹ Así ocurrió en *Lampiosa*: quedó un marinero anciano para acabar los días que le quedaban de vida, orando y haciendo penitencia, al que el rey le dejó tres sacos de bizcocho, cuando se percató de su ausencia: «*andando el Rey con algunos de los suyos por la isla, acaso llegaron a una muy antigua hermita, que estaba entre dos grandes peñas, y en medio de un hermoso vergel muy poblado de árboles frutales, como olivos, higueras y viñas, por el qual corría un pequeño arroyo que emanaba de una fuente clara. Casi en el cabo del*

¹⁹ Fue obispo de Mira, en Oriente; patrón de los que corren peligro en el mar.

²⁰ Los santos no operan el milagro, sino María. En todo caso la encomendación personal obliga a prestar ayuda a su encomendado en caso de apuros. El necesitado, instado por alguien cercano a él, apremia al santo con peregrinaciones; éste accede debido a las insistencias. Los que iban a Tierra Santa recibían su ayuda, pues eran devotos necesitados (MONTROYA MARTINEZ, J.: 1986, págs. 19-21, 32).

²¹ ROLLIN PATCH, H.: 1983, pág. 28.

vergel, hallamos un oratorio hecho todo de bóveda, y a la entrada estaba una cruz muy alta hecha de tierra colorada. Entrando en la capilla vimos dos cuerpos muertos tendidos en tierra, las manos cruzadas, y no parecía de ellos si[no] solamente los huesos estaban hechados hazia la parte del Oriente, como es costumbre enterrar [a] los muertos» (L.: 74, [56R-56V], 43b-20a).

Tras dejar la isla de Lampedusa se llegó a aguas de otra: la italiana Pantanela: (*Pantelaria* o *Pantellería*), emplazada en el estrecho de Sicilia. A ella se accedió para recoger agua y frutas frescas, previa petición de la reina, guiada por su instinto maternal, pero habitada por moros, algunos de los cuales eran vasallos del rey de Sicilia, y otros del de Túnez (L:74, [56V]). El peligro también acechaba y había que regresar pronto, ya que san Luis y los reyes mencionados no gozaban de tratados de paz.

Luis de Francia envió allí tres naos, en las que iban hijos de burgueses de París, que se dedicaron a glotonear, por lo que pensaron habían sido atrapados por los turcos, el rey los esperó ocho días. Se presenta un mar con angosturas dificultosas que pasar: los elementos reales (el estrecho de Sicilia, los puramente fisiológicos de comer y los desenfrenos de la burguesía) se mezclan con los fantásticos (*fruits des jardins*)²² sobre la barrera acuática, que separa dos fronteras religiosas: el Cristianismo y el Islam.

Atravesadas las aguas de Pantalería el Mediterráneo se convertirá en un escenario donde se desarrollarán hechos sobrenaturales que dejarán *espantados* a los oyentes, también será el medio principal que estimule el enorme comercio marítimo de la época.

Respecto al primer punto, el mar se transforma en un elemento salvador, en el que María actúe como señora del mismo (L:74, [56V], [57R], J:650-651). Un burgués de Provenza, estando una mañana recostado en su cama, pidió a su camarero que le cerrara los resquicios de su aposento, por donde entraba el sol, que le molestaba en el rostro. Al realizar la maniobra, *por desastre*, se le deslizaron los pies al situarse al borde de la nao, pues ésta era pequeña. Cayó al mar, sin ser socorrido de nadie al instante, pues se navegaba con prisa. Quedó *sobre el agua*, sostenido por la espalda. La nave real, que iba una legua detrás, lo recogió al conocerlo; se le preguntó que ocurrió: «*porque invocó en aquel mismo tiempo a nuestra Señora de Balverde para que le favoreciesse, y que Ella le había así tenido sobre el agua, sin peligro, hasta que ellos llegaron*» (L:74 [57R], 16a-20a).

Ello vendría a demostrar lo anotado en páginas anteriores: la aceptación de lo maravilloso como realidad histórica, integrada en la fe, y cómo el efecto producido

²² JOINVILLE: 634, 5-6.

por un milagro de la Virgen es inmediato, sin mediación, destacando la capacidad de extrañamiento en los lectores u oyentes del mismo. María, que toma la iniciativa, sale a la defensa de su vasallo pasivo, de su encomendado y le evita daños, utilizando diversos instrumentos (ver cuadro); le ofrece protección, defensa y garantía²³. Joinville, en honor a este milagro, lo hizo pintar en su capilla (J:651, 9-11).

Debe suponerse que la exposición narrativa del milagro referido experimentó fases de tradición oral y escrita, ya que presenta elementos que lo relacionan con otros relatos de la época, muy contaminados de elementos hagiográficos, pero con una fuerte base en la realidad del momento. Recuérdense que los milagros fueron difundidos en el transcurso del siglo XII por toda Europa occidental y que muy pronto se formaron grandes colecciones. Las cruzadas utilizaron como medio principal de transporte la vía marítima, en la que se desarrollaron varios sucesos relacionados con el comercio de la época, tempestades, quebraduras de embarcaciones, etc., que pasaron a las distintas literaturas europeas, algunas con gran número de variantes. En nuestro caso, el milagro en cuestión presenta gran afinidad con la *cantiga* núm. 193 recogida por Alfonso X: «*Cómo Santa María guardó de muerte a un mercader que echaron al mar por cogerle su haben*»²⁴. Y menos –aunque muy rico en detalles relacionados– con el milagro núm. XXII de Berceo: «*El náufrago salvado*»²⁵

²³ MONTROYA MARTÍNEZ, J.: *Las colecciones de milagros de la Virgen en la Edad Media (El Milagro literario)*, col. Filológica, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Granada, 1981, págs. 15, 19-20 y 53. Idem, 1985, págs. 17, 19 y 38-39. Ver n. 6.

²⁴ ALFONSO X EL SABIO: *Cantigas de Santa María*, versión de J. Filgueira Valverde, Odres Nuevos, Castalia, Madrid, 1992, págs. 313-315.

²⁵ BERCEO, G. de: *Milagros de Nuestra Señora*, versión D. Devoto, Odres Nuevos, Castalia, Madrid, 1981, 7.^a edición, págs. 103-107.

BERCEO: MILAGRO N.º XXII	ALFONSO X: CANTIGA N.º 193
<ol style="list-style-type: none"> 1. El suceso transcurrió en el trayecto de ida hacia Acre, para visitar el santo sepulcro y la Veracruz. 2. Salieron los romeros de puerto con <i>vientos buenos</i>. Llevaban <i>buenā mar atravesada</i> (pronto llegarían a Acre) cuando una tormenta rompió las naves por el fondón y encallaron. 3. Un marinero salvó a su señor obispo y a más gente buena de morir ahogados, traspasándolos a otra nave pequeña. Quiso saltar a ésta un <i>romero artero</i>, pero cayó al mar. 4. María, nada más caer, le puso un <i>pañō bueno y de precio</i> por encima y le crea una barrera entre el agua y él: se produce un diálogo con María. 5. Desde tierra, los salvados vieron salir del mar, hacia las riveras, al <i>romero mezquino</i> y a palomillas blancas, éstas hacia el cielo. 6. Quienes vieron tal suceso se asombraron: <i>santiguáronse</i> todos, fue una <i>extraña cosa</i>. 7. El obispo vio el suceso, del que se hizo un escrito, <i>una leyenda muy sabrosa</i>. Su fama atravesó los mares y pasó a distintos libros y lugares. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ocurrió cuando Luis IX <i>pasó por primera vez a Túnez a combatir a los moros</i>. 2. En una de las naves del rey, donde había <i>mucha gente mala</i>, entró solo un mercader 3. Esta mala gente le ató una piedra en la garganta y lo arrojaron al mar, robándole sus haberes, para dispendiar de los mismos en la guerra. 4. María le abrió <i>camino en el mar</i> e interpuso entre él y el agua un <i>pañō blanco</i>, para que el elemento líquido no lo tocara. 4. El mercader ayunaba en vigilia y guardaba sus días. No se produce diálogo, sino narración. 5. Sacaron vivo al mercader, desde otra nave, al tercer día, que lo vieron bajo el agua, <i>en paz y sin otro daño</i>. 6. Quedaron <i>espantados</i> todos cuantos oyeron la narración al comerciante, pues lo daban por muerto. 7. Alfonso X lo da por hecho histórico: <i>cosa probada</i>. Al llegar a puerto fueron ajusticiados los malhechores y repuestos sus haberes al mercader.

Las narraciones anteriormente expuestas se agarraron fuertemente a la realidad del momento y de la época: el milagro de Berceo también alude a tempestades caecidas durante el viaje marítimo, así como a rotura de embarcaciones, circunstancias similares a las referidas en las travesías de ida y vuelta de los cruzados y la familia de san Luis²⁶. La relación de este relato con el milagro narrado por Joinville es más bien tangencial, con elementos comunes, y difícilmente podría aludir al mismo suceso.

También era frecuente que acudieran a este tipo de empresas gentes sin escrúpulos; así lo refiere la cantiga núm. 193, y Joinville aclara que cuando se disponía a embarcar hacia Tierra Santa se encontraron con un castillo, que el rey destruyó, porque el señor de éste robaba a los peregrinos y a los mercaderes (J:124, 2-5).

²⁶ Hemos observado semejantes circunstancias en la cantiga núm. 172, págs. 282-283: «*ésta es cómo Santa María de Salas libró a un mercader del peligro del mar*».

Subrayemos que cuando el soberano francés fue liberado por los egipcios en el puerto del río de Mansourah, una galera de genoveses portaba *más de un truhán* (L:49, [39V], 12b).

Las cruzadas demostraron lo provechoso de una piratería generalizada en el Mediterráneo bajo el pretexto de combatir al infiel. Muchos de los hombres que regresaban a Tierra Santa peleaban movidos por razones económicas y especulaban con todo. En sus aguas se practicaba un intenso y próspero comercio, ya que se comercializaba con oro, jengibre, porcelanas, perlas, rubíes, telas, metales, especias, perfumes, seda, y otros tejidos, animales exóticos, etc. El citado mar se convirtió en un escenario de pugna por la hegemonía entre genoveses, venecianos, pisanos, aragoneses, etc. Venecia era una potencia en alza de todo el Mediterráneo oriental. Al igual que Génova, se trataba de favorecer las economías que recurrían mayoritariamente al mar y los ríos como forma de consolidación territorial, muy utilizados por los cruzados. Estas fuerzas económicas llegaron a alcanzar las fronteras cristiana e islámica, formando un puente entre Occidente y Oriente²⁷. Las conquistas de los cruzados en Oriente, aún así, eran muy frágiles, pues sus dominios estaban situados entre una banda de territorios al borde del mar.

Respecto a una posible relación entre la cantiga y el milagro referido por Joinville, presenta bastantes variantes, teniendo en cuenta que, en primer lugar, habría que interpretar la expresión «*cuando el rey Luis de Francia pasó por primera vez a Túnez*», utilizada por el rey sabio. *Primera vez y Túnez* históricamente se contraponen, no pueden ser compatibles. Luis IX salió de Francia hacia Egipto una vez, con motivo de su primera cruzada (1248-1254); Túnez fue el destino de su segunda cruzada. El milagro en cuestión dataría de 1254 (viaje de vuelta a Francia desde Acre).

Consideramos relevante citar al respecto, textualmente, las palabras de W. Mettmann al referir la cantiga, en la nota núm. 7: «la cruzada contra Túnez no fue la primera, sino la segunda que emprendió Luis IX (Saint Louis), y en ella halló la muerte (1270). Joinville (*Histoire de Saint Louis*, cap.129) relata un milagro que ocurrió en 1254, al regresar el rey de su frustrada cruzada contra Egipto: un escudero cae al mar y se salva por haberse encomendado a «Nostre Dame de Vauver» (cfr. ctg. 98.15 «Valverde, cabo Montpislér»²⁸).

²⁷ BRECS, H.; GUICHARD, P. y MANTRAN, R.: *Europa y el Islam en la Edad Media*, trad. M. Trías y otros, ed. Crítica, Barcelona, 2001, págs. 123-127, 187-189; MITRE, E.: *La guerra en la Edad Media*, Cuadernos de Historia 16, Grupo 16, Madrid, 1985, pág. 10; VIVES, P. A.: *Las nuevas fronteras*, Cuadernos de Historia 16, Grupo 16, Madrid, 1985, págs. 6-16.

²⁸ ALFONSO X EL SABIO: *Cantigas de Santa María*, ed. de W. METTMANN, Clásicos Castalia, II, Madrid, 1988, pág. 224.

Podríamos interpretar un error escrito debido a la contaminación de hechos y fechas en la expresión utilizada por Alfonso X. De igual modo, juzgamos oportuno agregar las palabras de Valverde Filgueira, en el comentario a la cantiga: el relato estaría vinculado a otros de la vida del santo. Anota también que Meyer observó cierta afinidad de la misma con otro episodio narrado por Joinville en 1309. Recordemos que el cronista oficial del rey francés escribió su libro *–Le livre des saintes paroles et des bonnes actions de saint Louis–* en el mes de octubre de 1309 (J:769, 1-2) a petición de la entonces reina de Francia, Juana de Navarra, nuera del rey santo. Transcurrieron varios lustros desde que el suceso ocurrió hasta que lo escribió, siendo ya él octogenario. En algún momento de la narración le pudo fallar la memoria, por lo que sería explicable, también en él, una contaminación de elementos entre su relato y la cantiga. Por nuestra parte, considero importante aclarar que se han consultado varias obras referidas a los milagros de san Luis, y en ninguna de ellas se ha observado el mismo milagro o lo relatado en la cantiga en cuestión, aún después de la muerte del santo, por lo que en vida del mismo, el milagro narrado por Joinville es el que más se acerca a la cantiga, y viceversa.

Después de una larga travesía pródiga en peligros y emociones, que Joinville anota duró diez semanas²⁹, llegaron a un puerto situado a dos leguas del castillo de Hyères, en la costa provenzal; la reina rogó a su esposo desembarcar ahí, puesto que era su tierra natal, a lo que accedió, atendiendo al consejo del senescal: más valía corresponder a su mujer e hijos, que no ponerlos de nuevo en peligros en la mar³⁰.

Finalmente, al pasar él la frontera mediterránea, en dirección a Túnez (su segunda cruzada), encontró la muerte. Partió el 4 de julio de 1270 de Aigues-Mortes, el 17 de julio se vislumbró la costa africana y penetró en la rada de Cartago. Murió el 25 de agosto del mismo año, cuando esperaba la conversión del emir de Túnez, y con la ayuda de los mongoles, agarrar a los mamelucos. Su última palabra al morir fue: *Jerusalén*³¹.

No pensaba que al atravesar la frontera real e histórica entre el Cristianismo y el Islam se quedara definitivamente en el Otro Mundo, traspasando la frontera que separa –o une– la vida y la muerte.

²⁹ JOINVILLE: 652, 1-4. La travesía duró del 25 de abril al 7 de julio de 1254.

³⁰ Idem, 652-655.

³¹ RIVIERE, D.: *Histoire de la France (Guides pour tous)*, Hachette, Paris, 1986, pág. 61.